

aquellas. Mientras su salud se lo permitió, puso su actividad, inteligente, honrada y entusiasta, al servicio de nuestra Compañía.

Por todo esto, nuestra pena fué tan intensa como sincera, cuando sabíamos del tremendo combate, que, con ejemplar estoicismo, libraba con el mal que habría de llevarlo a la tumba. Por eso, nuestro dolor fué grande, al tener noticia de que la muerte, si por fin generosa le libertaba del hondo sufrir, en cambio, le arrebatava de su hogar, donde quedaba sola y sin consuelo una dama virtuosa y abnegada; le alejaba de sus amigos que nunca habrán de olvidar al que fuera, parafraseando al poeta, agudo varón, en quien se reunieran los idealismos del Quijote, las rebeldías de Savonarola y los tormentos de Greco; y privaba a esta Academia, a la que tanto amó, de una de sus más eminentes figuras.

Descanse en paz el servicial y leal amigo; el médico honrado y hábil; el catedrático inteligente y erudito; el funcionario íntegro; el higienista capaz y convencido; el indomable paladín de la honradez profesional; el académico entusiasta y laborioso; el hombre bueno, que supo hacer respetar su intransigencia porque siempre la puso al servicio de la Verdad y del Bien. No volveremos a ver su ascética figura ni a escuchar su interesante palabra; pero, mientras exista nuestra Academia, habrá de recordarse siempre a quien la honró en vida singularmente y trabajó, como pocos, por su adelanto y su engrandecimiento.

México, 23 de mayo de 1934.

IN MEMORIAN.

DR. WILLIAM HENRY WELCH.

Es inevitable que desaparezcan continuamente los hombres y que con este motivo recordemos sus hechos y sus pensamientos.

Entre los médicos, ante las noticias de todo el mundo, encontramos desgraciadamente con frecuencia, nombres de sabios, de maestros, de amigos, pertenecientes al grupo y nos causa tanta pena como si se tratara de uno de los nuestros, ya que la ciencia, al igual que el dolor, borran distancias, acercan los espíritus y unifican propósitos.

Al saber que el 30 de abril último, falleció en Baltimore en el Hospital de Johns Hopkins, con cuya gloria está unido, el doctor William Henry Welch, que a los 50 años de ejercicio profesional y a los 84 de edad, ocupaba un lugar de gran respeto y de señalada distinción en los Estados Unidos y en Europa, he aceptado el honor de decir en la Academia Nacional de Medicina unas cuantas palabras, porque tuve la satisfacción de oír en 1926 y 1927 sus enseñanzas en las conferencias que dictaba sobre "Temas escogidos y selectos de Higiene".

La Universidad, la Escuela de Medicina y el Hospital de Johns Hopkins, tuvieron entre los sabios que le dieron su fama inicial, a los doctores William Henry Welch, William S. Halstead, Howard F. Kelley y Sir William Osler, llamados para la posteridad: "Los cuatro grandes de Johns Hopkins", dos buenos y reales amigos de México y de los mexicanos, los doctores Welch y Kelley, este último visitó México en varias ocasiones y en su casa y en el Hospital de la Merced, siempre había una cordial recepción para nosotros.

Welch era afable, cultísimo, el tipo del caballero-médico; su aspecto de sabio europeo, conservando hasta el fin de sus días pequeña y recortada barba blanca, atraía la confianza y facilitaba la consulta, que era resuelta en forma sabia, acompañada de una sonrisa de complacencia.

La fama de Welch tanto en los Estados Unidos como en Europa, dependía de sus amplios conocimientos, de su afición a la Historia de la Medicina, de cuya clase fué el primer profesor cuando tenía 75 años, de sus continuos deseos por hacer progresar las instituciones que fundó o ayudó a evolucionar. Como formaba parte de una familia de médicos por tres generaciones directas paternas anteriores a él, los libros que desde pequeño leyera en su hogar, renovados en cada nueva generación médica, hacían que sus amigos, que sabían su amor a los libros, tuvieran con él rasgos de afecto complaciéndolo.

El año de 1927 se recibió en la Universidad una oferta anónima de 200,000 dólares para una Biblioteca que llevara el nombre del doctor William Henry Welch, oferta que se llevaría a cabo si la Universidad por su parte, obtenía una suma igual para construir el edificio y alojar los volúmenes. Se hizo público el ofrecimiento, se reunió la suma y se resolvió agrupar en una sola, las bibliotecas de la Facultad de Medicina, del Hospital y de la Escuela de Higiene de Johns Hopkins que ocupan manzanas inmediatas. La Biblioteca

Welch, ocupa su propia hermosa casa en el centro de las manzanas de esa gran unidad consagrada a la medicina, y tiene, aparte de su magnífica colección de libros, como detalles especiales, pequeños cuartos de estudio en el segundo piso, aislados del ruido y con aire acondicionado. Quien desea trabajar ahí, obtiene la llave de su pequeño retiro, pide las obras que va a consultar y queda sólo con su pensamiento y el de los demás, para trabajar y escribir. La Biblioteca tiene muchos espléndidos tesoros que adquirió personalmente en Europa el doctor Welch, porque mientras se construía el edificio y se catalogaban nuevamente las tres Bibliotecas que la integraron originalmente, el anciano profesor a los 78 años de edad, salió para el viejo continente con 100,000 dólares, para comprar los libros que él quisiera para su Biblioteca. Existe desde entonces para la historia de la Medicina una sorprendente colección que reúne al alcance de los eruditos, obras valiosísimas que antes no podían consultarse en el continente americano.

Cuando se preparaba el doctor Welch para pasar a la Universidad de Columbia a iniciar sus estudios médicos, entró a un concurso de química y obtuvo como premio un microscopio, instrumento científico entonces casi desconocido pero del que todos hablaban, por la conmoción que producían los descubrimientos bacteriológicos cuya era principió con Pasteur. El doctor Welch después de terminados sus estudios se dirigió a Europa en el año de 1875, estudiando con Ludwig, Cohnheim y Koch y profesores de Viena como Chiari, el patólogo; Meynert, el neurólogo y Hebra, el dermatólogo.

En los Estados Unidos, empezó a trabajar en el año de 1878 después de tres de permanencia en Europa en el Colegio de Medicina del Hospital de Bellevue, dando pronto importancia en su Nación, a los estudios de patología en la recientemente fundada Facultad de Medicina de la Universidad de Johns Hopkins. En 1889 se inauguró el Hospital de la Universidad mencionada y en torno al doctor Welch se inició con Osler, Halsted y Kelley, una época de la medicina fundada en el Laboratorio en los Estados Unidos.

Los libros más conocidos del patólogo norteamericano son: "Patología general de la Fiebre", "La Biología de las Bacterias", "Infección e Inmunidad", "Bacteriología de las infecciones quirúrgicas" y "Trombosis y Embolias". En el año de 1892 junto con Nuttall, descubrió Welch el bacilo que lleva su nombre, por la misma época.

ca en que Kitasato y Yersin trabajaban, el primero en obtener cultivos puros de bacilo del tétanos y el segundo descubría el bacilo de la peste.

En 1885 Welch fué nombrado Director del Instituto de Patología de la Facultad de Medicina de Johns Hopkins, y continuó siendo profesor de la materia hasta 1916 y patólogo del Hospital desde 1893 a 1898, principió en su apoyo a los estudios de Higiene en los Estados Unidos, a los cuales tenía afición desde que había sido discípulo de Pettenkofer, de Flugge, el ilustre profesor de Higiene de Gotinga y de Koch el inmortal descubridor del bacilo de la tuberculosis. Su interés por la Higiene lo había demostrado como Presidente del Consejo de Salubridad del Estado de Maryland de 1898 a 1922 y Vocal del mismo hasta 1929; fué Presidente de la Asociación Americana de la Lucha contra la Tuberculosis, de la Asociación Americana de Higiene Social y Director de la Escuela de Higiene y Salubridad de Johns Hopkins de 1916 a 1926. A esta Escuela logró instalarla en edificio especial y prestigiar en todo el mundo, los alumnos médicos que concurren cada año, representan todos los continentes y todos los países, no es raro que en un solo período escolar haya estudiantes de diez y ocho o veinte naciones. También fué Presidente de la Junta Directiva del Instituto Rockefeller, de investigación médica de 1901 a 1933, miembro de la misma Fundación, Consultor de la Liga de las Naciones, Presidente de la Asociación Médica Americana y de la Academia Nacional de Ciencias.

Después de haber visto que el Instituto de Historia de la Medicina de Johns Hopkins diera su nombre a la nueva Biblioteca Médica cuando tenía 79 años de edad, le tocó que se celebrara en los Estados Unidos, en todas las Escuelas de Medicina en 1930, el 80º aniversario de su nacimiento y que el Presidente de la República, en un discurso transmitido por radio, lo declarara el primer estadista americano en Higiene Pública.

Una de las frases más conocidas de William H. Welch, que era al morir el decano de la profesión médica en los Estados Unidos, dice: "La profesión médica supera a todas las demás en las oportunidades que ofrece de servir a nuestros semejantes. Además encierra múltiples esferas de acción, que interesan a las más variadas inclinaciones y aptitudes personales, ya sean prácticas o científicas. Las recompensas de la medicina, aún las mayores, no consisten en dinero,

sino en el placer intelectual que deriva el médico de su trabajo, en saber que ese trabajo es útil, en el alivio del sufrimiento, y en la curación y prevención de las enfermedades”.

México, julio 25 de 1934.

M. E. Bustamante.

BIBLIOGRAFIA

Of. Sanitaria Panamericana.— Desaparece el decano de la profesión médica en los Estados Unidos.—Boletín de la Of. San. Panamericana.—Julio de 1934.

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

Lecciones de Patología Digestiva. Por el Dr. D. José Tomás Rojas.

Tenemos a la vista el libro del señor doctor don José Tomás Rojas: “Lecciones de Patología Digestiva sustentadas en la Facultad de Medicina”, libro didáctico por excelencia, útil para los estudiantes por sus cualidades de claridad y de método; útil para el médico general que, en este libro, encontrará, a cada paso, una tendencia a la síntesis que enlaza el conocimiento y fija, ordenadamente, lo esencial de las descripciones facilitando, por tal motivo, el diagnóstico de los padecimientos del aparato digestivo.

Si lo que está claro en los labios está claro en el cerebro, no hay duda que el libro del señor doctor Rojas, señala el dominio de una especialidad y descubre las bases sólidas para nuevas adquisiciones que, naturalmente, se agruparán en torno de un núcleo, ya bastante rico en conocimientos; si la lección de un profesor vale por su contenido de saber que le da consistencia, el papel de maestro exige para esa lección, una cualidad más, la del método que la aderezará, si se permite la frase, para volverla asimilable por las inteli-